

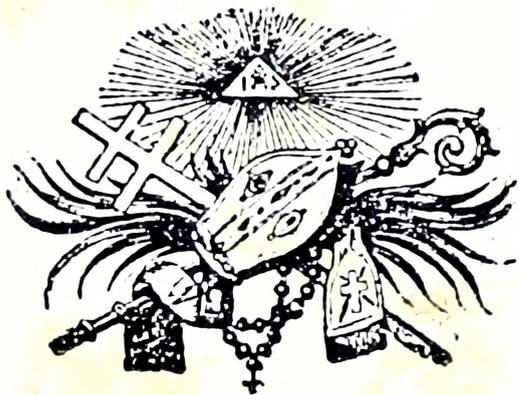
# PRIMERA CARTA PASTORAL,

QUE EL ILMO. Y RMO. SEÑOR ARZOBISPO DE QUITO,

DR. D. JOSE IGNACIO ORDÓÑEZ,

DIRIGE AL CLERO Y A LOS FIELES

DE LA ARQUIDIOCESIS.



*Quito.*



Reimpreso en la imprenta del clero, por Isidoro Miranda.



*1882.*

**DOS, JOSE IGNACIO BRDÓÑEZ,**

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,

**ARZOBISPO DE QUITO & C.**



**Al Venerable Dean y Cabildo Metropolitano, al Clero secular y regular y á todos los fieles de la Arquidiócesis, Salud y bendición en Nuestro Señor Jesucristo.**

*Venitque in Bethlehem, et admirati sunt seniores civitatis, occurrentes ei, dixeruntque: Pacificusne est ingressus tuus?*

*Et ait: Pacificus: ad immolandum Domino veni, sanctificamini, et venite mecum ut immolem.*

Partió, pues, Samuel á Bethlehem, y sorprendidos de su llegada los Ancianos de la ciudad, saliéndole á recibir, le dijeron: ¡Es de paz tu venida?

De paz, respondió Samuel: Vengo á ofrecer sacrificio al Señor: purifícaos, y venid conmigo al sacrificio.

LIB. 1º DE LOS REYES, (CAP. XVI  
VV. 4º y 5º)

I.

No ignorais, Venerables Hermanos y queridos Hijos, que hace cuatro años, despues de muchas instancias, alcanzamos del Padre Santo que nos exonerara del cargo pastoral, admitiéndonos la renuncia, que, por

tercera vez, hicimos de nuestra muy amada Diócesis de Riobamba. Bien léjos estábamos entónçes de creer que, sólo por un momento, habíamos de gozar de la paz y tranquilidad de la vida privada, ocupados en el ejercicio del santo ministerio, en medio de los pobres y sencillos habitantes del campo; ni aun podía ocurrirnos que la Providencia, por caminos de todo punto inesperados, había de volver á poner otra vez en nuestras débiles manos el cayado pastoral. Mucho hemos vacilado, grande ha sido nuestro temor para aceptarlo; mas, al fin, aconsejados y aun instados por sacerdotes respetables, hubimos de resignarnos á la voluntad divina, manifestada por la voz del Vicario de Jesucristo.

Henos, pues, ya en medio de vosotros, Venerables Hermanos y queridos Hijos, empuñando de nuevo el báculo pastoral; ese báculo pastoral, tan pesado aún para las robustas manos de los santos! . . . Los años han encanecido ya nuestra cabeza, y las severas lecciones de la experiencia nunca se reciben en vano. Ante las tremendas verdades de la Religion no hay ilusiones, por brillantes que sean, que no se desvanezcan completamente; y las grandezas humanas sólo pueden fascinar á quienes tengan voluntariamente cerrados los ojos del alma á las luces de la eternidad. ¿Qué cosa ha podido ser, pues, parte para hacernos aceptar otra vez sobre nuestros ya fatigados hombros una carga, cuyo grave peso conocíamos por experiencia propia? Por ventura, la senda que debemos recorrer ahora será ménos escabrosa que aquella, por donde caminábamos hace poco, gimiendo, abrumados de fatiga? Habrán desaparecido, acaso, los peligros? Talvez, el espinoso sendero episcopal se encontrará limpio de tropiezos solamente para nosotros? . . . ¡Cuán inescrutables son los caminos de Dios! . . . Huya de la faz del Señor el profeta Jonás, hágase á la vela para Társis, sea arrojado á

las olas. . . . Al tercero día tomará puerto en las playas de Nínive, para cumplir allí las órdenes de Dios! . . . . Cuando ponemos los ojos en nuestra pequeñez y miseria, una cosa nos consuela, y es aquella costumbre, diremoslo así, de la Providencia, que suele escoger siempre lo más débil, para convertirlo en instrumento de sus adorables designios, á fin de que el hombre, segun la expresion del Apóstol, no se gloríe sino en su propia debilidad. *Non gloriabur nisi in infirmitatibus meis.*

Peligrosa era la mision que Samuel debía cumplir en Belén por orden de Dios, y, al pensar en el riesgo á que exponía su vida, apoderóse el miedo del corazon del anciano Profeta, y temblando respondió al Señor: Cómo tengo de ir? lo sabrá luego Saul, y me quitará la vida. Lleno entónces el Señor de misericordiosa condescendencia para con su siervo, le enseñó de qué modo había de ocultar á los habitantes de Belén el verdadero objeto de su venida. Tomarás, le dijo, un becerro de la vacada, y dirás que has ido allí á ofrecer sacrificios al Señor *Ad immolandum Domino veni.* Si el corazon magnánimo de los Profetas se acobardaba, no sintiendo en sí mismo fuerzas para cumplir las órdenes de Dios, ¿cuán justo y natural es que nosotros, flacos y miserables, temblemos, considerando el árduo cargo que la Providencia nos ha confiado? Por qué ocultarlo, Venerables Hermanos y queridos Hijos?..... En este día, para nosotros tan solemne, cuando la iglesia Metropolitana de Quito, depuesto el luto de prolongada viudez, se atavía para recibir con arreos de fiesta á su nuevo Esposo, en este día de universal regocijo, nuestro corazon se siente poseido de grande temor y miedo al aspecto de la santidad del ministerio que vamos á desempeñar. El mismo Hombre-Dios, cuando iba á consumir la redencion del linaje humano, entregando su vida preciosa á todos los dolores de la pasion, se dignó sentir tristeza y pavor, con la vista an-

ticipada de la Cruz, que sus enemigos le estaban preparando. *Cœpit pavere et mœstus esse.* ¡ Oh ! Venerables Hermanos y queridos Hijos, muy bien comprendemos lo que es el ministerio pastoral, y no puede ocultársenos que el día de la consagración principian para los Obispos las estaciones de su prolongada vía dolorosa ! Y no nos habíamos de sentir penetrados de horror, si sabemos que el ministerio pastoral es, según se expresa el Santo Concilio de Trento: *Onus angelicis humeris formidandum*, carga, cuyo peso temen hasta los que tienen hombros de Angeles ? Porque terrible cosa es andar cargado de tantas almas, y haber de dar á Dios cuenta de todas ellas. Sí, Venerables Hermanos y queridos Hijos: en este día tan solemne, nosotros podemos decir lo que el gran Apóstol á sus amados fieles de Corinto: *In timore et tremore multo fui apud vos*: estamos caminando á vuestro encuentro, temblando, y llenos de mucho temor !

¿Quién lo hubiera creído? Esa Sede episcopal, honrada por tantos Prelados ilustres, va á recibir ahora en nosotros al ínfimo entre los sacerdotes ecuatorianos ! . . . ; Espíritus generosos de los Peñas y López de Solís; Almas venerandas de los Lasos y Yerovis, la iglesia de Quito se halla impregnada todavía con la exquisita fragancia de vuestras apostólicas virtudes ! . . . ; Santa iglesia de Quito, augusta Sede de Prelados venerables, aún humea sobre vuestro altar la sangre inocente del último de vuestros Obispos, mezclada con la sangre preciosa de la Víctima Divina, que él mismo acababa de ofrecer al Eterno, el día más grande entre los grandes días del año !! . . . Y nuestras débiles manos han empuñado en este momento la cruz y el báculo arzobispal, que, entrelazados con el lirio de la virginidad, aguardaban sobre la tumba del Arzobispo mártir manos más dignas de recogerlos que las nuestras ! . . . ; Ah Dios Santo ! permitidnos exclamar con

Moisés, dirigiéndoos de lo íntimo de nuestro pecho quejas humildes y rendidas: “¿Por qué afligís así, Señor, á vuestro siervo? por qué habeis puesto la carga de todo este pueblo sobre mí? Por ventura, he concebido ó engendrado yo toda esta muchedumbre, para que me digais: llévalos en tu seno, con el amor con que el ama lleva al niño de pechos; y guíalos á la tierra que tengo prometida á sus padres?” (1) Arte de artes y ciencia de ciencias es, en verdad, como dice San Gregorio Nacianzeno, regir ó enseñar al hombre, que entre todos los vivientes es vario en sus costumbres y muy diverso en las voluntades. (2)

## II.

Aunque son grandes y fundadas nuestras esperanzas en la proteccion del Cielo, ¿cómo no hemos de confiar tambien en las luces y buena voluntad del piadoso Clero de la Arquidiócesis, que, por su vocacion, está destinado á ser el sosten de nuestra autoridad y Cátedra Pontifical? Esperamos y mucho del Venerable Cabildo Metropolitano, de cuyas manos acabamos de recibir sana y salva la navecilla de la iglesia de Quito, gobernada por diestro Piloto en días de deshecha borrasca. Los miembros de tan respetable Corporacion serán para nosotros el verdadero Senado Arzobispal, nuestros consejeros y los depositarios de nuestra confianza; así como, por su virtud, luces y tino en el manejo de los negocios eclesiásticos, han sido el más precioso apoyo de la Cátedra Pontifical de nuestros predecesores.

Auxiliares nuestros serán tambien todos los Venerables Párrocos de la Arquidiócesis, que disemina-

---

(1) (Libro de los Números, Cap. XI, vv. 11 y 12.

(2) (En su Apología).

dos en toda la extension de aquel vastísimo territorio; sirven como de centinelas en la casa del Señor. “El Pastor, segun nos dice un maestro de la vida espiritual, es un administrador y un miembro de la casa de Dios: como administrador le debe vigilancia y fidelidad; como miembro, caridad y dulzura.” A vosotros, Venerables párrocos, lo mismo que á nosotros, se refieren estas advertencias, y á todos nos dice el mismo Dios: “Os he puesto por centinelas en los muros de Jerusalem, no ceséis de clamar ni de día, ni de noche; vosotros, los que os acordais de Dios, no permanezcais en silencio.” (1)

Hablando de nuestra vocacion y de las obligaciones del santo ministerio, el mismo Profeta nos dice tambien de parte de Dios: “Yo, el Señor, os he llamado por amor de la justicia, os he tomado de la mano y os he puesto para reconciliacion del pueblo, para luz de las naciones, para que abrais los ojos de los ciegos y deis libertad á los encadenados y á los presos aherrajados en tinieblas.” (2) Ved en compendio, Venerables Párrocos, el cuadro de nuestras obligaciones; trazado por las manos del mismo Dios. Más, ¿de qué serviría que conociésemos nuestros deberes, si no procuráramos conformar con ellos nuestra vida? ¡Oh Venerables Sacerdotes! cuán grande es nuestra responsabilidad delante de Dios! . . . .

Vosotros, Venerables Párrocos, por vuestra misma vocacion, sois en todas partes los cooperadores necesarios é indispensables de los Obispos. Qué sería de los pueblos sin vuestra vida abnegada? Qué sería de las pobres gentes del campo sin los sacrificios frecuentes de vuestro penoso ministerio, tan agradable á Dios, como fácil y modesto á los ojos de los hombres? Sois

---

(1) Isaías, Cap. LXII. v. 6.º

(2) Isaías, Cap. XLII. v. 6.º

el calor vivificante, que no se ve, ni se palpa, pero que hace germinar y producir las semillas confiadas á la tierra. Vuestra palabra no tiene, por cierto, como la del misionero, el ruido y la solemnidad de las lluvias; pero, sin calor, ¿fructificarían los campos?... Muy bien comprendió, pues, las necesidades espirituales de su pueblo nuestro Ilustre Predecesor, cuando, para remediarlas, puso por obra la fundacion del Seminario Conciliar. En efecto, Venerables Hermanos y queridos Hijos, entre las muchas obras buenas que la Arquidiócesis debe á nuestro malogrado predecesor, el Seminario Conciliar es, sin disputa, la mejor y más excelente. Los preciosos y bien sazonados frutos, que ha producido el Seminario de Quito, manifiestan cuán acertada es la direccion que á los jóvenes levitas saben dar los virtuosos Hijos del gran San Vicente de Paul. *A fructibus eorum cognoscetis eos!*... Por esto, cuando volvemos nuestras miradas al porvenir, nuestro corazon se llena de consuelo, pensando en la gloria que darán á Dios nuestros pueblos, dirigidos por tan buenos párrocos. Si los fieles conocieran sus verdaderos intereses, no pedirían á Dios otra cosa que buenos sacerdotes; porque un párroco virtuoso es una de las mayores gracias que Dios tiene reservadas en los tesoros de su misericordia para los pueblos, que se hacen dignos de recibirla.

### III.

Otro motivo de consuelo, y no pequeño, lo encontramos en las Comunidades religiosas, establecidas en nuestra Arquidiócesis. Para conocer la importancia de los Institutos religiosos, basta reflexionar sobre el aprecio que de ellos hace la Iglesia Católica, y sobre el odio implacable con que los persigue la impiedad: la Iglesia procura conservarlos; la impiedad trabaja por destruirlos; la Iglesia los ama, la impiedad los aborrece.

Y es muy digno de notarse que, el mundo los protege y ampara solamente cuando están degenerados, por haber perdido el espíritu de su primitiva fundacion. Sucede, por desgracia, que los Religiosos algunas veces llegan á hacer paces con el mundo, abriéndole las puertas de los claustros, de donde, para que entre el mundo, ha sido arrojado primero el espíritu de Dios. Pero, aunque los Religiosos amen al mundo, el mundo jamás suele corresponderles con amor. Cuando Sanson se duerme en el regazo de Dálila, fascinado por sus traicioneras caricias, siempre suele perder inevitablemente todo el secreto de su prodigiosa fortaleza.

Amamos y veneramos á las Comunidades religiosas, y desde aquí les saludamos con la paz de Nuestro Señor, esperando encontrar en ellas nuestros mejores cooperadores para el desempeño de nuestro ministerio en la evangelizacion de los pueblos. ¿Cómo no amar lo que el mundo aborrece? ¿Cómo no venerar lo que la Iglesia bendice? No sin mucha razon se han solido comparar los institutos religiosos con las estrellas del firmamento, aplicándoles estas palabras de la Escritura Santa: “El resplandor de las estrellas da hermosura al cielo. (1) Los astros lucen con alegría para el Señor que los crió.” (2) . . . . Santas Corporaciones religiosas, que hermoσεais el cielo de la iglesia ecuatorial, ojalá nunca desmaye el esplendor de virtud, con que debeis brillar para gloria del Señor que os crió! . . . . Desde aquí nosotros os saludamos con las palabras de Samuel á los ancianos de Belen, cuando, sorprendidos de verle entrar por las puertas de su ciudad, le dijeron: Es de paz vuestra venida?—Venimos de paz! . . . . *Pacificusne est ingressus tuus?—Et ait Pacificus.*

---

(1) Species cœli gloria stellarum. (Eclesiástico Cap. XLIII.

(2) Et luxerunt ei cum jucunditate, qui fecit illas. (Bachus Cap. III).

Todos vamos camino del Calvario; unos á otros debemos ayudarnos á llevar la cruz en seguimiento de Nuestro Señor, que la llevó primero por nosotros. Llegará un día, Venerables Hermanos y queridos Hijos, cuando tras la fatiga vendrá el descanso, tras el combate la victoria. Ya nosotros estamos de partida; y, al separarnos del lugar de nuestro trabajo, conviene que á nuestros sucesores les dejemos en herencia nuestras virtudes.

En nuestra ciudad metropolitana existen, por fortuna, muchas casas de religiosas; unas consagradas al retiro y oracion en la soledad de sus claustros, y otras ocupadas en practicar la caridad fraterna en los ejercicios de la vida activa.

El origen divino de la Iglesia Católica se manifiesta en aquella fecundidad inagotable, con que, sin cesar, hace brotar de su seno tantas Congregaciones bienhechoras consagradas á la práctica de la caridad para con el prójimo. Esas Congregaciones son una gloria exclusiva del Catolicismo, y jamás podrán disputársela las sectas disidentes, aunque se afanen por reproducir las obras de la caridad en las heladas regiones de la filantropía. El aprecio y veneracion, con que estas congregaciones han sido recibidas en el Ecuador, manifiesta el espíritu católico del pueblo ecuatoriano que ama y venera todo lo que tiene relacion con su fe.

Por desgracia, suelen ser comunes hasta entre los mismos católicos ciertos principios errados acerca de la importancia social de las Comunidades religiosas de mujeres, consagradas á la vida puramente contemplativa. Porque no enseñan á la juventud, ni cuidan de los enfermos en los hospitales, se reputan como inútiles para la sociedad; mas discurrir de este modo sería haber renegado de la existencia misma de lo sobrenatural. ¿Conque los únicos males que padece la so-

ciudad son la ignorancia y las dolencias corporales? Los únicos bienes que necesita son enseñanza para la inteligencia y medicina para los cuerpos enfermos? La sociedad humana, queridos Hijos, padece muchos otros males, y tiene necesidad de muchos otros bienes: el tributo de alabanza, acción de gracias, reverencia y amor que debemos á Dios, por ser quien es y por habernos criado de la nada; los desagravios y reparaciones por las innumerables ofensas que á cada instante se cometen contra su divina Majestad; el ofrecimiento incesante de oraciones y plegarias, sin las cuales ningún bien, ni el más pequeño, se puede alcanzar del Cielo, ved ahí el ministerio á que se hallan consagradas las almas contemplativas. Marta y María son hermanas, á ambas las ama Jesucristo; pero dejemos que María siga á los pies del Maestro Divino, mientras Marta se afana afuera por servirle, y no dudemos que á las lágrimas de entrambas deberá más tarde su pobre hermano Lázaro el salir vivo del sepulcro, á los cuatro días de enterrado.

Hacen mucho á nuestro propósito las siguientes palabras, con que uno de los más elocuentes escritores católicos modernos ponderaba los servicios que á los monasterios deben los pueblos.—“Recibiendo, dice, de manos de los fieles riquezas percederas, los monjes se las pagaban á todos restituyéndoles el precio de ellas en el beneficio inmenso y sin igual de la oración. Por la boca de los monjes la voz de la Iglesia subía sin cesar de la tierra al Cielo, para hacer descender de lo alto el rocío de las bendiciones divinas, y á los monjes se debía que toda la tierra cristiana estuviese inundada como de un fértil abono, fuente inagotable de gracias y de consolación. Si es cierto, como dice la sabiduría humana, que el que trabaja ora, ¿no podemos decir también que el que ora trabaja, y que su trabajo es el más fecundo y meritorio de todos? Tratar con

Dios, dice San Bernardo, no es estar ocioso, sino ocuparse en el negocio más importante. He aquí lo que justificaba y glorificaba á los ojos de los pueblos cristianos todas las órdenes religiosas, y especialmente aquellas que el mundo ha comprendido ménos, es decir, aquellas cuyas contemplaciones ociosas y prolongadas oraciones ha censurado.” (1) Cuando nuestros enemigos hayan jurado nuestra ruina, nosotros no desesperaremos, porque mucho pueden ante Asuero las súplicas de Ester, que intercede por la vida de sus hermanos.

Sí: nosotros esperamos de las oraciones de tantas almas puras, como pueblan los claustros religiosos de Quito, gracias oportunas y abundantes para cumplir nuestro sagrado ministerio pastoral, de una manera agradable á los divinos ojos. Una sola Mariana de Jesus de cuántos males no libró á Quito con su humilde intercesion y poderoso valimiento para con Dios? El poder de la oracion es admirable !! . . .

#### IV.

Abundan, pues, Venerables Hermanos y queridos Hijos, motivos de consuelo en la grey, que el Señor nos manda apacentar. Y no podemos ménos de llenarnos de satisfaccion pensando en el religiosísimo pueblo de Quito, al cual desde ahora podemos llamar con todo derecho nuestro pueblo. Todavía por ese pueblo, tan sinceramente católico como devotísimo de sus Prelados, la voz del sacerdote es oída con respeto, la Religion amada con entusiasmo y Dios venerado en sus representantes sobre la tierra. Allí, desde el Magistrado hasta el artesano, que vive encorvado bajo el peso

---

(1) Montalembert. (Los Monjes de Occidente. Introduccion.

del cotidiano trabajo: desde la matrona piadosa y devota hasta el soldado, tan jovial en medio de la paz como valiente en el campo de batalla, todos cifran su dicha en ser de veras católicos.

¡Oh! Venerables Hermanos y queridos Hijos, estais acostumbrados á ser dirigidos por Prelados beneméritos y conocemos muy bien todo cuanto teneis derecho á exigir de nosotros; conocemos las excelsas virtudes que requiere nuestro ministerio y confesamos la falta absoluta que hay en nosotros de todas aquellas preciosas cualidades de que estuvieron adornados los Pontífices, á quienes hoy sucedemos. ¿Qué podremos, por lo mismo, ofrecer para el acertado gobierno de esa iglesia? Concentrándonos en nosotros mismos, y atendiendo únicamente á nuestra profunda miseria, retrocederíamos sobrecogidos de espanto á vista de nuestros sagrados deberes, temiendo la severidad de los juicios de Dios contra los pastores temerarios; pero, nó! La palabra divina alienta nuestra esperanza, ya que un ministro del Altísimo, ungido con el óleo sagrado, no es simplemente un hombre, sino un representante de Jesucristo, un enviado del Señor, á quien se le ha dicho lo que el Hombre-Dios á sus Apóstoles: “Así como mi Padre me envió á mí, así yo os envío á vosotros. No se turbe vuestro corazon, no os dejaré solos, ni huérfanos: creéis en Dios, creed tambien en mí.” (1) Alentada nuestra esperanza con tan inefables promesas, y confiando en que no nos hemos llamado nosotros mismos á este tremendo ministerio, nos hemos atrevido á poner nuestras plantas en los átrios del Señor, y repetimos con toda la efusion de nuestro corazon las palabras que repetía San Leon el Grande: “El que es autor de nuestra dignidad será tambien el

---

(1) San Juan. (Cap. XIV).

apoyo de nuestra administracion; y el mismo que nos impuso tan pesada carga, nos dará las fuerzas que necesitamos para sobrellevarla.”

Elevemos, pues, Venerables Hermanos y queridos Hijos, nuestros ojos al Cielo, pongamos en el Señor nuestra esperanza, y, para hacerle propicio á nuestros votos, imploramos con fervor el amparo de Aquella, que ha sido constituida medianera entre Jesucristo y nosotros, la santa, inmaculada y siempre pura Virgen María. ¡María!. . . . ¡Cuánta confianza no inspira este nombre dulcísimo en nuestro abatido pecho! En todos los instantes de nuestra vida, María ha sido nuestro refugio; y ¿no habiamos de acudir á Ella ahora, cuando hemos contraído para con Dios obligaciones tan tremendas? Nó: ahora, ahora es cuando debemos invocarla con mayor fervor, diciéndole: *Sancta Dei Genitrix ora pro nobis nunc.* ¡Oh! Santa Madre de Dios, rogad por nosotros *ahora!!* A vuestro corazón inmaculado consagramos nuestra pobre persona, nuestro báculo pastoral, nuestro Clero y nuestra católica Grey: sed Vos su Pastora, pues Pastor y Grey, por vuestro cayado dirigidos, no nos extraviaremos jamás de los caminos, que conducen derecho á la vida eterna!. . . . Y cómo no habíamos de implorar tambien tu intercesion y valimiento para con Dios, ¡oh! gloria de la nacion ecuatoriana, justo orgullo del pueblo quiteño, incomparable Mariana de Jesus! Miéntras tus virginales cenizas se conserven en medio de nosotros, nada podrá intimidarnos; ántes caminaremos esforzados por la senda del bien.

Desconfiando, pues, Venerables Hermanos y queridos Hijos, de nosotros mismos, y llenos de grande confianza en la divina misericordia, damos principio hoy día á nuestro nuevo ministerio pastoral, apropiándonos estas palabras del Apóstol: “Libres ó independientes éramos de todos, mas he aquí que de nuevo

nos hemos hecho siervos de todos vosotros, para ganar vuestras almas á Jesucristo.”

Dada en Cuenca, el día 14 de Setiembre de mil ochocientos ochenta y dos.

† JOSE IGNACIO,  
Arzobispo de Quito.

MANUEL ANTONIO ALVAREZ,  
Canónigo de Segunda Institucion,  
Secretario.

